

TRES GATOS

Francesco Luti

(trad. de Luz Ayuso Blázquez)

E, s'io fossi un ragazzo, vorrei chiedere a Dio che questa fresca erba bella la lasciassero in pace; e mi scriverei da me il libro di lettura. Farei diventar buone anche le vipere. (F. Tozzi, *Bestie*)

Io ho sempre avuto tempo di voler bene a qualcuno. (F. Tozzi, *Bestie*)

Ci porteranno a un muro qualunque e a un certo punto toccheremo questo muro con la schiena. (B. Fenoglio, *I ventitré giorni della città di Alba*)

Para Giuseppe Pontiggia

Al otro lado de los restos del muro del huerto, tres minúsculos gatos yacían acurrucados contra la barriga de la madre. Habían nacido la noche entre un sábado y un domingo mientras mi hermana y yo dormíamos.

Han transcurrido sesenta años desde aquel evento, pero como si hubiese sido la pasada noche, recuerdo aquellas horas de espera. En casa todos sabían que Idea estaba a punto de parir. Hacía semanas que nosotros, los pequeños, vigilábamos curiosos su vientre. Mi padre, Artemio, era campesino y con el tío Bruno, hermano de mamá Italia, trabajaba un pedazo de tierra ajeno para sacar adelante a la familia. Mis padres, naturales de Stia, en cuanto se casaron vinieron a trabajar para un patrón cerca de Florencia. La guerra, las deportaciones no estaban lejos.

En los tiempos en que Idea estaba preñada, Livia y yo teníamos unos diez años. Vivíamos en una casa de paredes desconchadas y para ir al huerto de Villamagna, con Livia corriendo desde allí no tardábamos nada. Una vez atravesado el riachuelo a paso rápido: un, dos, tres, apoyándonos al final en un guijarro redondo y siempre húmedo, estábamos ya allí. Saltar con el agua debajo me daba una gran alegría. Serpenteaba impetuosa y la reverberación que de su espejo brotaba era una mezcla de trepidantes colores. Mi hermana y yo calzábamos botas de cuero que, para aquel vagabundear en los campos, de pronto se ponían fangosas y cada paso más pesadas.

Ya de vuelta a casa, en el umbral estaba mamá que nos ayudaba a quitárnoslas. Nos quedábamos descalzos y en invierno gandulear sobre las losas era agradable porque el fuego de la chimenea las calentaba tanto que parecía haber un sol en casa. A menudo surgía alejarnos hasta la viña donde papá, algunos meses al año, recogía la uva bodocal y la moscatel para el patrón. En cuanto llegaba a casa dirigía la mirada hacia nosotros y si advertía restos de lodo, dos pescozones a cada uno no nos los quitaba nadie.

Con Livia intercambiaba una mirada rápida sin tener el valor de decirle que él también tenía tierra en los pies. Era una cosa de todos, la tierra en los pies. Y aunque fuéramos conscientes de que papá, con o sin restos, se ponía nervioso porque curioseábamos donde él trabajaba, íbamos allí porque nos atraía la gata embarazada. No veíamos la hora en que pariese para tener a los gatitos en la mano, y Livia hacía continuamente elencos de nombres para asignarles: Lido y Romeo si eran machos; Coccinella y Pantofolina si eran hembras.

Conseguíamos guardar nuestro secreto también en la escuela. Se encontraba en Bagno a Ripoli e íbamos muy contentos porque para llegar pasábamos por delante de la

casa del patrón de papá. Allí estaban las bicicletas relucientes de sus hijos, apoyadas detrás de la verja. Era bonito imaginarnos sobre ellas pedaleando como hacían Marta y Franco cuando los veíamos los domingos bajando por la cuesta, después de misa.

En la escuela la maestra Gloria quería que nos sentáramos juntos “porque sois gemelos”, -decía- y entre aquellos pupitres podía ocurrir que nos refiriésemos a la barriga de Idea que crecía, parecía el Arno con la lluvia. Pero eran sólo breves palabras susurradas entre nosotros, porque decidimos que era más prudente así. Papá después repetía a menudo: “quien se ocupa de sus asuntos, vive cien años”.

Después de la escuela, de camino a casa, pasado el puentecillo de madera, bordeábamos el foso para saludar al señor Gino, que en el otro lado tenía los animales encerrados en un recinto. Cuando más allá de la empalizada no había ni un alma, era porque el señor Gino estaba matando a los corderos más gordos. Una vez, por equivocación, lo vimos clavándole un cuchillo puntiagudo a uno de ellos. La puerta del establo estaba entornada, y de la rendija se entreveía su brazo peludo que introducía la hoja en la humana carne del cordero que, nos parecía, emitía gritos estentóreos.

Durante aquellos lentos días de maternidad, cuando caminábamos por el malecón, yo arrojaba piedras pequeñas a la superficie del río para contar los rebotes. “Si hace tres”- decía a Livia, “tiene tres también Idea”. En aquellas pausas fluviales nos hacíamos tristemente conscientes de lo ignorantes que éramos sobre la paternidad de los gatitos. Jugábamos a adivinar como tendrían el pelo, pero eran sólo hipótesis porque la gata era una vagabunda y machos por los alrededores habíamos tenido muchos.

Si papá no estaba de morros, entonces cogía valor para preguntarle sobre el asunto. “¡Tengo cosas mejores en qué pensar, que en los gatos! ¿Acaso no sabéis que dentro de poco habrá una guerra y moriremos todos?”.

Pero nosotros no nos dábamos por vencidos, y Livia le hacía la misma pregunta a mamá. Ella, en cambio, tenía su mundo doméstico y nada más, y terminaba por liarnos con la patraña de la cigüeña que trae a los niños: no nos creíamos nada de eso. Habíamos escoltado a la gata mientras, con uno de aquellos machos encima, se quedaba toda quieta sin siquiera dar un maullido, cuando después él se quitaba y se iba, como hacía papá después de comer.

A mi hermana y a mí en aquellos inmóviles momentos nos latía el corazón, y sin mirarnos observábamos a Idea hasta que aquel gato se alejaba. Después me tocaba a mí ponerle la mano en el lomo mientras Livia le acariciaba la cabeza. Una vez calmada, nos íbamos al escondite de las armas. Lo llamábamos así, pero era sólo un agujero bajo la tierra donde escondíamos dos cañas de bambú robadas al tío Bruno. Prudentemente le enseñaba a Livia a fustigar el viento, las zarzas y los arbustos y hacíamos como si el Arno fuese el mar y nosotros piratas despreocupados. “Hagamos como si fuera el mar” – decía a mi hermana, y ella enseguida decía: “¿Tú sabes como es el mar?” Es un río grande”. Nunca lo habíamos visto. Livia, después de aquellas correrías, me cogía de la muñeca y mirándome fijamente me preguntaba: ¿Es verdad lo que ha dicho papá?” Yo le miraba el contorno del rostro antes de añadir: “Lo habrá oído decir en el pueblo”.

El día en que por fin pudimos ver a Romeo, a Coccionella y a Pantofolina fue para nosotros verdaderamente especial. Eran pequeños y similares: los tres atigrados. “¡Son gemelos, como nosotros!” – gritaba Livia de alegría. “Sí, es justamente así, han nacido juntos”, concluía yo.

Entonces al otro lado del muro estaban los hijos de Idea y desde aquel trozo peloso de hierba decidimos transferirlos a nuestra casa. En el dormitorio pusimos una escudilla para la leche que se quedó allí, sin que nunca bebieran de ella: quizá eran

demasiado pequeños para beber directamente, decíamos Livia y yo. Durante aquel par de días no hicimos otra cosa que no fuera ocuparnos de ellos. En una esquina de la habitación reunimos hojas de hiedra que hicieran de cuna-nido e Idea, a pesar de que estaba claro que no le gustaba, parecía ya resignada a nuestra continua presencia.

Por la noche, antes de acostarnos, nos costaba coger el sueño emocionados por aquellas nuevas vidas. Entonces hablábamos y Livia insistía en preguntarme: “¿Es verdad lo de papá? ¿Tú qué dices?” Y yo: “No lo sé, son cosas de mayores; sabes, yo creo que se muere sólo de viejo”. No la convencía, y ella para zanjar el tema decía: “Quizá la muerte no existe, sabes, quizá es sólo una palabra”.

Al día siguiente fue la voz de mamá Italia la que nos recordó que era hora de ir a la escuela. Aquel lunes no teníamos la menor gana: era nuestro primer día con los gatitos y sentíamos que ellos necesitaban nuestros cuidados.

Fue, sin embargo, un día de escuela como otro cualquiera y poco nos importó ver las bicicletas de Franca y Marta a lo largo del trayecto. Nos acompañaban nubarrones de incertidumbre y pensábamos en los gatitos anhelando la vuelta al hogar.

Aquella misma tarde, cuando el crepúsculo ya se había rendido a la oscuridad que se adensaba, papá a su regreso se encerró en su habitación con mamá. Livia y yo estábamos jugando con los tres gatos y si no hubiera sido por la voz grave de papá, ni nos habríamos dado cuenta de que estaban allí. Antes de la cena salió, avisando de que no regresaría pronto porque tenía que arreglar las cosas del huerto antes de las lluvias. Cuando mamá entró en nuestra habitación para el beso de buenas noches, Livia se estaba divirtiendo con Romeo; yo tenía a Pantofolina sobre las rodillas, acariciándole el pelo del pecho. “Ha dicho vuestro padre que no os podéis quedar con los animales”. Nos quedamos en silencio, descolocados por la inesperada noticia: era como si las palabras nos hubieran abandonado. La palabra de papá era una orden. Él nos mantenía a todos, y mamá lo repetía sin cesar. “O lo hacéis vosotros, o lo hace él”. Su voz era una mezcla de resignación e inflexibilidad: aunque estaba confuso, condescendí en que lo haríamos nosotros. En cuanto salió mamá, Livia me dijo que había hecho bien en hablar así porque si no papá habría hecho como el señor Gino con los corderos.

“Mañana, ¿está bien? Sed buenos, buenas noches”. Y esa noche no dormimos. Por la ventana caía una lluvia homogénea e insistente, y nosotros, los niños, no podíamos coger el sueño. ¿Deberíamos dárselos a alguien? Quizás a Franco y a Marta, porque ellos tenían una casa grande, pero ¿quién los conocía? Sí, los domingos los veíamos con la bici, pero nada más...

Fueron horas malas de pensamiento en pensamiento mirando a los gatitos dormir felices su primera verdadera noche. Vino así el día, como siempre inevitable, y volvió la luz aunque grisácea de lluvia. Encerramos a Idea bajo llave en nuestra habitación y colocamos con cuidado a los gatos en un cesto. No nos quedaba mucho que hacer: aquel día además había crecido.

Livia –valiente como era- los besó en la cabecita murmurándoles algo al oído. Me tocó a mí tirarlos al Arno. Fue el turno de Romeo y un segundo después el de sus hermanas. Durante un momento vimos sus cabezas emerger antes de desaparecer. “¡Pobrecitos mis gatitos!” sollozaba Livia tragando lágrimas de rabia. Y fue este el amargo estribillo de aquel día en el cual, volviendo a casa cabizbajo, me sentía un asesino. Mi hermana tenía marcas en las mejillas, las lágrimas se habían ido secando paso tras paso y yo le acariciaba el dorso de la mano mojada por la lluvia que acababa de empezar a caer sobre nosotros. “Sabes –me dijo- el río se va con su corriente y no se sabe, podrían salvarse...”. Y yo, preguntándole porque en el fondo era una niña madura y

también podía tener razón, añadí: “¿Tú crees?. En el fondo la crecida del Arno, también ella antes o después se calmaría. Sin embargo en mi corazón tuve la certeza de haber cometido un delito, como si los hubiera dejado en manos de papá o del señor Gino.

Yo nunca he tenido la esperanza de Livia: aquella de volver a donde habíamos comenzado, de tener confianza en una demora en el infinito, o la ilusión de la misma. El tiempo ha minado los sueños que tenía de niño y quizás también por ello, ahora que Livia hace dos años que murió, me da por recordar aquel día gris, y a mi hermana. La echo de menos: nos unía una vida paralela: mi misma vida y no por el hecho de ser gemelos, que también habrá contado, sí, pero yo diría más porque ahora la ausencia es definitiva. Cuando estaba viva nuestras separaciones eran diferentes, eran conocidas y mantenidas por un hilo que no se ve, como el de la cometa de un niño, la cometa que a veces veíamos alzarse ligera y libre sobre la casa de Franco y Marta. Me duele ahora su ausencia, y también las ganas de caminar se me han ido y me quedo sentado en este balcón florentino que se asoma a una escuela. Desde aquí me turba ver el mundo: enjambres de chiquillos como éramos Livia y yo. Tengo miedo por ellos. Veo los gatos socarrones saltar de pronto a los tejados rojos, veo a la chica de siempre en silla de ruedas tratando de bajar el borde de la acera de siempre, pero el coche mal aparcado por alguien para comprar tabaco le bloquea el camino. Y aquí estoy recordando, respirando ácidos mortales, aquí estoy en mi balcón, sin esperanza, “sin aliento de regeneración”.

Livia tenía un gran corazón y desde la tarde de los gatos, me confesó después ya anciana, no logró nunca más matar ni un capón por Navidad, y en bicicleta –porque a los quince años tuvo una para ir a servir a Florencia- esquivaba incluso las hormigas con las ruedas.

La noche que siguió al ahogamiento doloso de los felinos me hubiera gustado que el consolador chillido de los grillos llegase hasta la ventana, en cambio hubo un temporal. Llovía y llovía y la tierra se deshacía. Charcos de agua sucia por todas partes que llovía y no lavaba. Agua que reblandecía debilitando lo que agredía. Y yo por la ventana observaba los árboles que sufrían, cargadas de agua sus hojas, sus ramas que estoicamente resistían.

Resolví salir hasta las escaleras de piedra para recoger la escudilla que con Livia, dos días antes, habíamos limpiado cuidadosamente y reservado para los nuevos miembros de la familia. Estaba mojada y sucia, y el agua turbia se desbordaba continuamente y de la leche no quedaba ni siquiera el recuerdo. Todo parecía como si no hubiese sucedido nunca, como soñado, y aquel desvelo con los ojos entreabiertos y los párpados pesados fuese por otra cosa.

Ojalá la muerte fuese sólo una palabra...